



El cuerpo que habita: historias de mujeres militantes

Agustina Cavalanti

Question/Cuestión, Nro.79, Vol.3, Diciembre 2024

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e951>

El cuerpo que habita: historias de mujeres militantes

Agustina Cavalanti

Facultad de Agronomía; Universidad de Buenos Aires / Comisión de Derechos Humanos

Argentina

agucavalanti@agro.uba.ar

<https://orcid.org/0009-0008-2029-4364>

Resumen

En este trabajo, exploraré las memorias intergeneracionales de Dafne, Yamila y Graciela, tres historias atravesadas por la dictadura militar argentina. Sus cuerpos comparten una herida común: la desaparición forzada de sus padres. En este artículo, las voces situadas de las mujeres militantes desafiarán las luchas y resistencias hegemónicas, cuestionarán categorías homogéneas (aquellas que las sitúan bajo el prototipo de hijas de) y reconstruirán contramemorias resilientes.

Abstract

In this work, I will explore the intergenerational memories of Dafne, Yamila and Graciela, three stories crossed by the Argentine military dictatorship. Their bodies share a common wound: the forced disappearance of their parents. In this article, the situated voices of militant women will challenge hegemonic struggles and resistance, question homogeneous categories (those that place them under the prototype of daughters of) and reconstruct resilient counter-memories.

Palabras clave: memoria; resistencia; mujeres; dictadura

Introducción

Yo habito, tu habitas, nosotras habitamos

¿Se pueden activar y reconstruir memorias intergeneracionales de hijas de desaparecidos y, a la vez, establecer un encadenamiento de sus luchas y resistencias?

En el '76 los militares asumen el poder y en pos de establecer un Proceso de Reorganización Nacional desatan el terrorismo de Estado más violento, torturador, sangriento y desaparecedor de la historia reciente de la Argentina. El terror es materializado a través de los cuerpos: cuerpos que desaparecen, cuerpos que aparecen, cuerpos violados, cuerpos mutilados, cuerpos que paren, cuerpos violentados, cuerpos desnudados, cuerpos que buscan, cuerpos manoseados. Cuerpos silenciados.

El ADN que conecta los cuerpos (el lazo familiar) se convierte en un símbolo fundamental, tanto para establecer un modelo de país durante la dictadura como para conformar la resistencia: los Organismos de Derechos Humanos (CLACSO TV, 2020). Es decir, en palabras de Kimberly Theidon (2007) “consecuencias destructivas, pero también transformativas de la violencia política” (p. 17). (1)

De esta manera, se engendra un movimiento de masas contrahegemónico, con nuevos cuerpos sociales que se expanden por el espacio público para visibilizar la búsqueda de otros cuerpos con la misma sangre. “Organismos de afectados” (Jelin, 2017, p. 95) ocupan las calles para enfrentar un Estado genocida, se hacen oír y se transforman en las voces autorizadas (Jelin, 2007) de las memorias de luchas y resistencias contra el terrorismo.

Más de una década después, en democracia y bajo un país neoliberal, resurgen otros cuerpos sociales que trascienden generaciones, cuerpos organizados que sostienen el lazo familiar pero que impulsan nuevas demandas y prácticas para hacer frente a la impunidad de los años '90: la resistencia de jóvenes hijos de desaparecidos enfocada en la condena social para los represores a través de los escraches. (2)

Como consecuencia, en los movimientos sociales se origina una homogeneización de las luchas que debían ejercer los cuerpos militantes; única y lineal, arraigada a la matriz familiar y a su relación de parentesco con el cuerpo *víctima* (CLACSO TV, 2020; 2021). Una visión

estereotipada excluyente que ha invisibilizado otras resistencias, categorizadas como subalternas. En palabras de Troncoso Pérez (2020), las historias y voces que se escucharon y transmitieron, y aquellas que quedaron marginadas, fueron puramente asuntos de poder, aún dentro de los Organismos de Derechos Humanos.

De esta manera, en el siguiente trabajo activaré memorias que interpelarán resistencias hegemónicas, tensionarán categorías homogéneas y reconstruirán contramemorias resistentes en este presente. Considero que “conocemos cuando sentimos” (López, 2014, p. 259), y que urge la necesidad de promulgar estudios de memorias militantes donde se analice desde la corporalidad (Galaz y Álvarez, s.f.). Entonces, el cuerpo y las emociones como espacios de construcción epistemológica representarán la columna vertebral del ensayo.

Desde el cuerpo que habito elijo dar voz a Dafne, Yamila y Graciela, cuerpos militantes que hablan, accionan, transmiten vivencias, disputan sentidos, acarrearán identidades fluctuantes, soportan cambios socioculturales, se moldean y resignifican constantemente en cada época, en cada contexto, en cada presente (Galaz y Álvarez, s.f.). Transmitiré otras relaciones e historias de las tres mujeres con su pasado reciente (Theidon, 2007) para recuperar sus posiciones de militantes activas a través de las emociones, los afectos y las pasiones (López, 2014).

Para activar sus memorias divergentes optaré por utilizar la técnica de la entrevista, una de las herramientas para recolectar y producir información más empleadas en las Ciencias Sociales. Además, usaré la misma técnica cualitativa manipulada como estrategia para instaurar la categoría homogénea mujer-víctima o víctima por su condición de parentesco, pero para deconstruirla, desestabilizarla y transformarla (Jelin, 2002; Troncoso Pérez y Piper Shafir, 2015). (3)

Guiaré el proceso de comunicación hacia sus posiciones protagónicas de militantes resistentes (Cruz Contreras, 2018), partiendo de la concepción “de que las agentes de estudio están situadas y posicionadas diferencialmente” (Martínez Cruz, 2016, p. 170). Así, las entrevistadas sentirán la libertad de pausar el casete que reproducen cada vez que dan testimonio, para abrirse a nuevas experiencias y poner en palabras lo que el cuerpo tenga para decir sobre ese pasado, en este presente, registrando y reconociendo aún aquellas experiencias que no entran en el lenguaje.

Pero el cuerpo como categoría de análisis abre un abanico de subcategorías de estudio. En este trabajo enlazaré las narrativas corporales de las tres mujeres militantes

intergeneracionales a las posiciones de memoria resistente, subjetividad y genealogía, como resultado de una articulación bibliográfica.

Asumiendo que no existe una sola interpretación del pasado (Rojas Silva et al., 2021) y reafirmando que fueron las estrategias dominantes las que trazaron los roles que debían ocupar esos cuerpos femeninos en las memorias de la dictadura argentina, las memorias de las tres mujeres desde su papel activo como militantes políticas alterarán, deconstruirán, desnaturalizarán y *desfeminizarán* las doctrinas y normas instituidas en cada contexto por ese sistema de género hegemónico en las resistencias (Troncoso Pérez y Piper Shafir, 2015). “Una memoria de mujeres puede ser o no ser desestabilizadora y crítica dependiendo del uso que se le dé, de la intención de su uso, del momento histórico en el cual es invocada” (p. 85).

En esta línea, y coincidiendo en que “es significativo mirar cómo usan las categorías los propios actores sociales, ya que éstas también generan efectos diferentes” (Martínez-Conde, 2021, p.19) reflejaré de qué manera las narrativas corporales e intergeneracionales de las militantes, cada una situada en un contexto sociopolítico particular, con diversas edades e inmersas en distintos sectores sociales y económicos problematizan las categorías fijas y cerradas que las engloban en hijas, víctimas y mujeres que sufren. Desde sus voces testimoniales se reconocen, se desnormalizan y resisten en el presente (Martínez-Conde, 2021). Siguiendo a Jelin (2017) “la cuestión es, entonces, aprender a mirar y a escuchar, porque los indicios están por todas partes” (p. 219).

Del mismo modo, dialogaré con las principales ideas de Isabel Piper (2005) en relación con la retórica de la marca que dejó en los sujetos el golpe cívico militar, una herida que determinó y cristalizó una identidad, la de hijas de desaparecidos y, a la vez, homogenizó sus luchas y resistencias. Entonces, plasmaré de qué manera esa retórica de la marca tatuada en los cuerpos de Dafne, Yamila y Graciela puede subvertirse y, a partir de la pluralidad de sus experiencias, evidenciar memorias contrahegemónicas.

Por último, retomaré la concepción de matriz familiar acunada por Jelin (2007), para evidenciar de qué manera estos cuerpos, utilizados como estrategia de guerra por los militares; y homogeneizados en la esfera pública con la imagen de víctimas, pueden sublevarse y resignificar otras experiencias del pasado, y a la vez, visibilizar y empoderar las luchas presentes para conquistar nuevas demandas y derechos.

Los cuerpos en la memoria

Enciendo el grabador y activan su memoria. De forma casi mecanizada, ponen piloto automático y comienzan a narrar sus historias.

Dafne Casoy cuenta que tenía sólo nueve meses cuando los militares se llevaron a sus padres. Claudio Argentino, su papá, estudiaba en la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires y presidía el Centro de Estudiantes de esa institución académica. Su madre Eva estudiaba Química también en la UBA. Ambos militaban desde el Colegio y después, juntos, formaron parte de Montoneros. Estuvieron escondidos durante un año. Dafne nació en la clandestinidad con la ayuda de un estudiante de Medicina. Cuando los secuestraron en abril del 77 la dejaron a upa de un casero, atado a una silla.

“Hay un recorrido de testigos que vieron a mamá en El Atlético un año y hubo una fecha de traslado donde se supone la tiraron al mar. Y a mi papá nadie lo vio en el Atlético y lo llevó la misma patota el mismo día, con lo cual hay dos opciones: o se tomó la pastilla (4) o lo mataron en el secuestro. En mi cabeza, yo interpreto que ella ya sabía que estaba muerto” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021). (5)

Yamila Sansoulet tiene 53 años y dice que a los siete los milicos argentinos detuvieron a su padre mientras trabajaba en una veterinaria de Capital Federal. Aún se encuentra desaparecido. El 26 de julio del 78, en el aniversario de la muerte de Eva Perón, y con sólo 10 años Yamila presenció el violento secuestro de su madre en su casa: mientras la interrogaban y la golpeaban, un hombre le apuntaba con un arma a ella, a su hermano menor y a su abuela. Cinco meses después la liberaron, pero la vigilaron hasta el 83.

“En el 76 mi vieja lo pasa a buscar a papá por la veterinaria, cuando salen tres autos y lo secuestran. Nunca supimos dónde estuvo. Lo esperé muchos meses detrás de la puerta todos los días. Entonces mi madre decide contarme que lo habían matado. Sin tener la certeza, pero para que no espere más. Mi mamá estuvo seis meses desaparecida, la liberan en diciembre del 78. Cuando abro la puerta para verla no era mi vieja, salí corriendo. Estaba toda hinchada, canosa, es una imagen que me impactó” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

Cuando se llevaron a su papá – narra Graciela Villalba - ya se había casado, tenía 21 años y vivía con su marido. Mauricio, un obrero naval de los astilleros ASTARSA, fue desaparecido el 25 de mayo del 76 y asesinado el 4 de julio del mismo año. El cuerpo apareció en un arroyo

sobre las Islas del Delta (Buenos Aires) y fue enterrado en el cementerio de San Fernando como NN. Fue reconocido y Graciela recibió los restos. Después de 35 años le dijeron que no era el cuerpo de su papá. Mauricio volvió a desaparecer.

“Él estaba en la lista marrón de los obreros navales. Tenía una militancia dentro del Astillero. Le habían rodeado la casa, a patadas habían tirado la puerta abajo, a la mujer de él le habían tapado la cara, a los chicos los dejaron ver. Eran chicos, la mayor tenía 12 y el más chico un año y medio. Mi papá pidió permiso para ponerse un saco y con ese saco lo encontraron. Se llevó los documentos, pero no aparecieron nunca” (G. Villalba, comunicación personal, 27 de septiembre de 2021).

Los tres relatos están marcados por la memoria de la dictadura militar argentina y sus cuerpos comparten una herida: la desaparición forzada de sus padres. Son cuerpos que cuentan el terror y transmiten experiencias de dolor. Sin embargo y pese a que reproducen un casete sobre su pasado, en este encuentro dialógico Dafne, Yamila y Graciela no se reconocen como cuerpos anónimos aglomerados en la categoría de hijas de desaparecidos. Más bien, desde el inicio se posicionan como cuerpos con nombre y apellido.

“En este momento tengo 45 años y dos niños. Estoy acá en esta entrevista por ser hija de desaparecidos, aunque soy muchas cosas más” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

“Siempre nos autonombramos también hijos de desaparecidos, pero la verdad que cada uno tiene su historia, su nombre, su vida. Nos colocaron y nos colocamos en un lugar difícil para la construcción de uno mismo” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

“Todos los años hablo de lo mismo, la historia es esa y no se puede cambiar. Él desapareció tal día, lo asesinaron tal día, entregaron el cuerpo tal día, tal año fue el juicio, tal año me enteré de que los restos que yo tenía no eran de él. Una lo cuenta y hasta parece que está recitando algo. Pero atrás de eso trae recuerdos finitos, hay muchas cosas que no contás” (G. Villalba, comunicación personal, 27 de septiembre de 2021).

Los testimonios reafirman su condición de militantes activas. Un activismo conformado desde lo pasional, que no reproduce un legado familiar ni un modelo hegemónico de lucha. Ninguna milita (ni militó) en el partido político de sus padres y ninguna forma parte de H.I.J.O.S. (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio). La Agrupación H.I.J.O.S nace

en un momento de convulsión social, en pleno gobierno neoliberal de Carlos Menem, el presidente que decidió indultar a los genocidas presos, ejecutando un paquete de decretos.

“Lamentablemente hay hijos de primera y de segunda. H.I.J.O.S es una organización de nombre. A mí me parece perfecto que esté, pero yo creo que tienen que integrar más. Es una organización exclusiva. Nunca hicieron una apertura y convocaron a todos. Está desunido” (G. Villalba, comunicación personal, 27 de septiembre de 2021).

“Hoy me arrepiento de no haberme acercado a H.I.J.O.S. Ya no me acercaría. En ese momento me había llamado la atención los escraches, me acuerdo de haber pensado que estaba buenísimo que lo hagan, pero yo no me veía ahí parada en la calle haciéndolo. No me hubiera sentido cómoda. Con los años me di cuenta de que en H.I.J.O.S el escrache era sólo una partecita de todo lo que eran, hubo discusiones muy interesantes, asambleas, actividades. Actividades que yo me las perdí y me da pena. H.I.J.O.S fue mucho más que los escraches” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

“No participé porque en 1983, cuando llegó la democracia, yo ya tenía 15 años y la mayoría de los hijos de desaparecidos eran niños. Cuando se funda la agrupación H.I.J.O.S, teníamos una diferencia de edad grande y yo había procesado distintas cuestiones de mi historia. Somos una generación no vista, no escuchada, cuestionada en su momento, porque con los escraches éramos los violentos” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

Desde el primer momento, sus memorias subalternas se contraponen a la visión homogénea que las sitúa bajo el prototipo de cuerpos femeninos que buscan otros cuerpos con la misma sangre (Jelin, 2002). De hecho, denotan un corrimiento de la categoría hijas. Se reconocen a sí mismas como mujeres, madres, trabajadoras y se posicionan socialmente como una generación de huérfanas, una generación de niños, niñas adolescentes y jóvenes criados por abuelos, tíos, primos; algunos en familias ensambladas y otros asumiendo la responsabilidad de cuidar a sus hermanos menores, también huérfanos.

“Seguimos viviendo con mi abuela. Mi abuela muere a los 20 días asique con mi hermano de cuatro años nos fuimos a vivir a lo de mi familia paterna. Era una familia no militante que yo no tenía mucho que ver” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

“Después de la desaparición de mi mamá y mi papá viví sólo cuatro meses con mis abuelos paternos porque ése fue el momento cuando mi abuelo paterno murió. Con su muerte, sumada a la desaparición de mi papá, mi abuela estaba destrozada. Y pasé a vivir con mi familia

materna. Una familia ensamblada. Me crié rodeada de afecto y mucha sobreprotección. En la cotidianeidad de los temas dolorosos no se hablaba. Por momentos era como si esa vida anterior no hubiera existido” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

“Yo siempre digo, dejé de ser la nena de mamá para pasar a ser la mamá de cinco hijos. Cuando desaparecen a papá me fui a vivir con mis hermanos para cuidarlos. Yo era la encargada de la búsqueda, pero tuve que dejar mi trabajo. Y al dejar mi trabajo me dediqué a ellos. En mí siempre vieron una imagen materna. Cuando llegaba papá Noel llegaba Graciela, cuando era el día de los Reyes Magos llegaba Graciela. Nunca les faltó nada porque yo siempre estuve” (G. Villalba, comunicación personal, 27 de septiembre de 2021).

En este proceso comunicativo, se consideran una generación de huérfanos, que lucha para ser reconocida como sujetos de derecho, condición invisibilizada por las esferas del poder, aún 48 años después del golpe.

Además, sus relatos dan cuenta de qué manera la memoria como práctica social resistente (CLACSO TV, 2021) representa un campo de disputa permanente. Sus voces advierten cómo en cada contexto nacen nuevas categorías (los apropiados, los exiliados, los huérfanos) que se traducen en nuevas luchas políticas por la visibilidad pública (CLACSO TV, 2021).

“En los juicios todos testificamos en calidad de testigos de nuestros padres, de lo que sabemos que pasó, pero no de nosotros como sujetos de derecho” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

“Somos una generación de huérfanos y nadie nos ve así. Nadie vio en la construcción de la memoria y del relato histórico del genocidio que se ha dejado una generación de huérfanos. La dictadura además de apropiarse pibes, que son los más visibilizados, también dejó una gran masa de huérfanos. Que sin lugar a duda son los menos visibilizados. Tampoco imputaron a los represores por el secuestro de niños, sujetos de derechos que privaron de su libertad, que los secuestraron y se los llevaron en los operativos de los padres. Que no se juzgue me enoja mucho” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

Desde esta perspectiva, sus cuerpos acercan prácticas y articulaciones resistentes actuales. Las memorias del pasado se resignifican en el presente y las transforman en una nueva lucha, en una nueva demanda. Según cuentan, en conjunto con otros hijos de desaparecidos preparan una presentación judicial colectiva para que en la justicia *sean considerados caso*.

Así, buscan instalar narrativas que hasta el momento no estaban contempladas desde el ámbito judicial.

Cuerpos sujetos a su subjetividad

El cuerpo que habita recuerda, reconstruye experiencias pasadas, vincula pasado y presente y en esta conexión, en este hacer memoria, reconfigura identidades presentes. Una vez más, frenan la grabadora que reproduce la historia cronológica de la desaparición de sus padres. Dafne, Yamila y Graciela encienden sus memorias y abren los relatos a sensaciones corpóreas para transmitir vivencias antes y después del golpe militar. Las narradoras se reconocen cuerpos con senos y vaginas, mujeres, feministas, madres, activistas, estudiantes y trabajadoras.

“En este momento soy escritora, me formé en publicidad, fui pasando por varios rubros. Hoy doy talleres de escritura y escribí un libro. Volví a estudiar después de 20 años” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

“Desde que me jubilé milito en la Comisión por la Memoria de zona norte. No terminé el secundario. Después de grande me daba fiaca terminarlo. Vivo con mi hija y mi hermana. Es una casa de mujeres” (G. Villalba, comunicación personal, 27 de septiembre de 2021).

“Tengo dos hijos varones. Trabajo en la Defensoría del Pueblo, en el área de identidad biológica. Trabajé mucho en las villas de la ciudad, en los centros educativos, con los pibes que dejaban la escuela, siempre militando. Estudié y dejé, estudié y dejé. Siempre tuve como esa constante de no terminar” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

En esta práctica de recordar sus cuerpos producen posiciones de género (Rojas Silva et al., 2021; CLACSO TV, 2019) y los trazan como territorios marcados por la sexualidad. Las entrevistadas hacen hincapié en cómo su lazo maternal influyó fuertemente en las relaciones de pareja, de goce, en la decisión de tener hijos y en los embarazos. Como si sintieran en carne propia las violencias y vejaciones que podrían haber sufrido sus madres.

“Para mí fue y es muy fuerte que mi mamá como mujer haya estado secuestrada. Al punto que se te cruza en el tema sexual, en las relaciones. Repercute en algo en mis primeras relaciones de pareja, algo de desconfianza. Yo no tenía parejas estables. Algo de lo sexual al principio creo que sí está ligado en mi imaginación, a lo que le pudo haber pasado a mi mamá” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

“Hay algo que me pasó, que no me había pasado hasta que fui madre: lo subieron a ese auto (al padre) no vio lo que había pasado con su mujer y dejaba una hija de siete años y uno de dos, solos en el mundo. Qué horror. Sabes que te van a matar y ¿qué va a pasar a tus hijos?. Es la peor tortura. Cuando fui madre entendí: tenían una preocupación mayor que estar chupados (secuestrados). Yo perdí el primer embarazo” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

En la reconstrucción social e histórica del pasado sus cuerpos generizados resignifican la “misma verdad” (Jelin, 2002, p. 126) en otros contextos, desde diversas edades e identidades políticas, sociales, económicas y religiosas (Troncoso Pérez y Piper Shafir, 2015). Sus cuerpos hablan y transportan identidades estigmatizadas y criminalizadas (CLACSO TV, 2021).

“Todos esos días de la infancia implicaban que no te inviten a casas, a cumpleaños, a actividades con otros niños porque se escuchaba que un subversivo había puesto bombas en la escuela, en el barrio, y salía en los diarios, en la tele. Pero también costó mucho ser hija de una sobreviviente porque fueron muy ninguneados los sobrevivientes. Si hay verdad es porque un montón de hombres y mujeres se animaron a dar testimonio. En una madre sobreviviente se ha cuestionado el por qué sobrevivió” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

De este modo, sus testimonios visibilizan la intersección de diversas modalidades de diferenciación como género, ideología, clase y religión que resitúan su materialidad en diferentes periodos. Así, dejan entrever el carácter performativo de la memoria y del género (Galaz, s.f; Rojas Silva et al., 2021; Piper-Shafir et al., 2013; Troncoso Pérez y Piper-Shafir, 2015), en tanto, a través de sus prácticas dinámicas en el tiempo producen y reproducen posiciones generizadas “a partir de la reiteración de representaciones, de discursos, de imaginarios” (Galaz, s.f., párr. 22), pero a la vez tensionan y transforman las versiones hegemónicas y homogéneas de la categoría mujer y de las subcategorías hijas-militantes. Así, dejan espacio para la ruptura, la politización, la reconfiguración identitaria y la resistencia (Galaz, s.f.).

“Me crío una mujer que sobrevivió a la tortura, al secuestro y a la desaparición. Yo me crié con esa mamá, que fue la primera en denunciar y pasó por todos los juicios, que se cruzó en la calle a los militares y los enfrentó. Mi papá me llevaba a jugar a la pelota, me llevaba a la cancha de Ferro porque a mí siempre me gustó el fútbol. El machismo no existía en mi

cotidianidad, ni en casa ni en la militancia. Hoy soy una mamá feminista en términos de lucha y en términos de educar a mis hijos” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

Se ven cuerpos que, pese a las diversas edades y contextos disímiles, desequilibran y “ponen en riesgo un orden de género hegemónico” de las resistencias (Troncoso Pérez, 202, p. 124) y *desfeminizan* las maneras de hacer memoria. “Tensionan tanto la construcción hegemónica de la madre protectora y hogareña como la de la niña incapaz de participar de acciones con impacto político o de resistencia” (Troncoso Pérez, 2020, p.133).

“El día que detienen a mamá tocan la puerta de mi casa muy fuerte. Yo me asomo y veo que entran diez tipos como un tsunami. Es un nivel de violencia inimaginable para una niña. En un momento veo que la sacan a mi vieja con una camisa en la cabeza y se la llevan. Mi vieja grita ¡no salgas!. Yo nunca fui muy obediente y salí atrás de ellos, vi tres autos enfrente en una calle en pleno Caballito, la suben y se la llevan. Tengo la imagen de que me quedé ahí y estaba muy observada por los vecinos. Ninguno se acercó, pero todos me observaban. Conseguí un teléfono, llamé al chino. Él se pudo escapar. Era muy chica, hoy pienso en mis hijos a esa edad y casi no los dejaba cruzar la calle” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

Dafne, Yamila y Graciela situadas desde esa posición sexo-genérica (cuerpo de mujer) se reedifican en la acción y, en este diálogo (en nuestra conversación), reconocen y hasta cuestionan sus identidades versátiles. Los cuerpos militantes no son los mismos, sus resistencias tampoco. En este sentido, se identifica un punto de quiebre común los relatos: un cuerpo resistente antes y un cuerpo resistente después de haberse convertido en madre.

“Yo con mis hijos soy distinta, elegí otro camino. Soy una mamá presente, muy afectuosa. A partir del nacimiento de mi hijo mayor la vida se ordenó de manera más normal. Antes de tener hijos era invulnerable, después de todo lo que me había sucedido no le tenía miedo a nada, nada de lo que me pasara, ni siquiera mi muerte. Hasta que tuve hijos y me dio miedo más que nunca. Miedo de que les pasara algo. Soy madre por deseo y no por mandato” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

“Me afectó ser madre porque hay otro tipo de temores. Pero todo eso te va fortaleciendo” (G. Villalba, comunicación personal, 27 de septiembre de 2021).

“Tuve a mi hija a los 30 años, una decisión que tenía ganas en ese momento, pero no me vi venir todo lo que me iba a movilizar. Yo venía de hacer mucha terapia, como que tenía todo resuelto, todas las respuestas. Pero cuando tenés hijos te das cuenta de que es muy desestabilizante, movilizante e interesante. Si a cualquiera que tenga un hijo le cambia el foco y le reformula toda tu existencia, imagínate con esta historia” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

Nace un cuerpo y con él nacen los miedos, la vulnerabilidad, pero también la calma y el sosiego. Sus narraciones dan cuenta cómo sus historias ancladas a la memoria de la dictadura militar no son lineales ni cerradas, sino que son resultado de una producción histórica y cultural (Galaz, s.f.) que se van reconfigurando en cada contexto, en cada presente.

Cuerpos marcados

Antes de hablar de su hermano Yamila hace silencio, baja la cabeza y prende un cigarrillo.

“Dar testimonio del relato no me pasa nada, yo tengo muy armado lo que digo, pero si abro un poco y ahondo en otras cuestiones, tambaleo”.

Dice y apaga el cigarrillo. Y prende otro. Nos quedamos mudas. La miro, no pregunto. Me mira y continúa.

“Mi hermano no era ni un bebé ni un pibe. Tuvo mucha depresión, no la pasó bien. Él negaba la historia, decía: “ellos (sus padres) eligieron ese camino y nos descuidaron”. Tenía otra mirada de lo que sucedió. A los 25 años se suicidó. Fue un golpe durísimo para mi madre y para mí porque lo cuidé muchísimo. Se ahorcó y lo encontramos con mi vieja. Fue duro. Él venía de una depresión grande y no pudo seguir. Super racional decía: “la vida que nos tocó no me la banco”, no lo puedo superar, no lo puedo procesar. A mí este golpe me replanteó muchas cuestiones. Tuve que hacer mucha terapia para poder entenderlo. Es difícil seguir viviendo sin tu par, con el que viviste todo, y que haya tomado ese camino. ¿Mi hermano es caso o no es caso? Porque no tiene voz, ¿es o no es?” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

Dafne lo cuenta y sonrío. Para ella la marca de la dictadura es una marca de nacimiento.

“En una de las casas donde estaban escondidos nací yo. Como no encontraban al médico me ayudó a nacer un estudiante de medicina. Me hizo un nudo en el ombligo que quedó más salido

que el habitual. Una de las cosas que cuando me miro al espejo me recuerdan de dónde vengo” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

En medio de la conversación con Graciela suena el teléfono. Atiende, asienta con la cabeza y corta.

“Estoy haciendo trámites”– dice y profundiza:

“Cuando fue el juicio de mi papá en 2014 empecé a padecer de la enfermedad de Diabetes. Por el estrés me agarró Diabetes, ahora se me comprometió un poco un ojo y estoy lidiando con todo eso. Me tengo que aplicar tres inyecciones y tengo que hacerlo por PAMI porque cada inyección está 40 mil pesos más IVA. El día del juicio yo ya lo tenía bastante asumido porque estaba en la Comisión y acompañábamos a otros, pero fue algo interno. Algo interno que me pasó a mí y no me di ni cuenta. Empecé a adelgazar y era que me estaba consumiendo” (G. Villalba, comunicación personal, 27 de septiembre de 2021).

La corporalidad de las tres mujeres militantes está marcada por la memoria de la dictadura militar. Y el dolor es materializado en su cabeza, en su carne, en sus órganos. Las consecuencias del terrorismo trazan sus cuerpos en las diferentes etapas de sus vidas y operan como una retórica de la marca (Piper, 2005): ser hijas de padres desaparecidos las cambió, las fracturó, las definió.

“Cuando apareció mi mamá vivimos como pudimos. Y después conviví con el terror de que vuelvan, escuchaba una puerta del ascensor y me asustaba. Hasta el ‘83 nunca dormí una noche completa. Tenía pánico. Tengo sensaciones corporales de sobresaltos que no manejo. Un golpe, un teléfono fuera de horario, un ruido. Después más cuestiones psíquicas como el control, tener todo controlado. Durante muchos años tuve mucha ansiedad, fumo. El operativo es un shock traumático muy fuerte” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

“No es lo mismo criarte sin padres que criarte con padres desaparecidos. Durante muchos años imaginé que me cruzaba a mi papá o a mi mamá en el colectivo o en la calle, que se me aparecían de sorpresa en el colegio, que por alguna razón incomprensible podían volver. Imaginaba distintas razones ridículas como por ejemplo que alguno había perdido la memoria, o que había estado escondido por precaución, o en otro país. Las razones cambiaban, la sensación de desasosiego que me quedaba después era horrible. De chica hay algo muy fuerte que tiene que ver con la reconstrucción, imaginar cómo es, vas reconstruyendo la vida de tus

padres con pedacitos que te van contando y cada uno tiene un pedacito. Tengo la sensación de que voy armando el rompecabezas sabiendo que jamás voy a tener esa reconstrucción completa” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

“Uno empieza a caminar, a buscar, a hacerse fuerte porque vos vivís con esto, siempre. No tenía miedo, nunca tuve miedo de nada, eso también te fortalece un poco. Si eras miedosa te lo tenías que sacar porque no podías caminar, no podías hacer nada. Si te veían débil te pisaban la cabeza. Esto que nos pasó a nosotros de tener un desaparecido en la familia es una herida, pero son de esas heridas que no cierran. Y no van a cerrar porque no sabes cómo cerrarlas. Porque los cuerpos ya no van a aparecer más” (G. Villalba, comunicación personal, 27 de septiembre de 2021).

Sin embargo, sus experiencias corporales muestran que los efectos de la violencia política no son homogéneos (CLACSO TV, 2019), por el contrario, moldean cuerpos disidentes que transforman la “retórica de la marca” (Piper, 2005) en resistencias. La dictadura militar los fracturó, pero no los paralizó. En palabras de Ana Cacopardo (CLACSO TV, 2021), no son cuerpos pasivos, son cuerpos activos.

“Mi vieja murió hace tres años y para mí fue una muerte re natural. Fue duro, pero se enfermó y murió, normal. Lo de mi hermano es muy difícil contarlo, no lo entiendo del todo, me cuesta. Pero también es parte de mi pelea, los daños colaterales de hijos existen. La historia da sus vuelcos, avanza y se puede pensar desde otro lugar, que fue una experiencia histórica dolorosa pero que logró una transformación: que nunca más en este país se pueda dar una dictadura. Que hasta la derecha se tenga que organizar en un partido político para presentarse a elecciones. ¿Entonces qué se tiene que llevar un pibe de 15 hoy? Que existe la resistencia, que eran militantes, que tenían sus vidas. Que mi viejo además de un militante era hinch de boca y le gustaba comer caracoles” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

“Hay cosas que pedimos siempre: pedimos justicia, que aparezca el cuerpo, pedimos por los cómplices civiles, los cómplices eclesiásticos, hay cosas del orden de lo tangible que querés que se den. Eso no varía. No cambia. Pero sí cambia qué edad tengo, qué siento, quién gobierna, cambia en qué sociedad estamos. También cambia qué derechos hay, qué libertades hay. Hay algo que tiene que ver con reinventarse, generar espacios de reflexión de decir qué

tipo de sociedad estamos reconstruyendo y qué sociedad queremos. Si eso es militar, milito” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

Los “cuerpos significantes” (Galaz y Álvarez, s.f., p. 3) de Dafne, Yamila y Graciela llevan heridas profundas y visibles. Pero sus experiencias no quedan suspendidas por las cicatrices del terror. Son víctimas, pero resisten (CLACSO TV, 2021). ¿Son víctimas?. Considerando que “las categorías no son preexistentes, no representan la realidad, sino que la producen como efecto de su definición” (Martínez-Conde, 2021, p. 19) y que “las prácticas de memoria colectiva contribuyen a construir tanto al sujeto víctima como al sistema social, político y cultural que le da sentido (Piper-Shafir et al., 2013, p. 24), Dafne, Yamila y Graciela problematizan la categoría cerrada, hegemónica, homogénea y excluyente de víctimas del terrorismo.

Se autoperceben cuerpos víctimas dependiendo para quién y cuerpos víctimas dependiendo cuándo. Es decir, quiebran el “modelo repetitivo de víctima” (Jelin, 2002, p. 112), lo deconstruyen y lo utilizan como herramienta de lucha para conquistar derechos y poner en jaque “los mecanismos de definición de los sujetos beneficiados por las políticas de reparación” (Piper Shafir y Montenegro, 2016, p. 104) en términos económicos.

“No me gusta la palabra víctima para pensarme. Más allá de eso, fue algo que surgió con el grupo que vamos a hacer la presentación judicial. De alguna manera, para la justicia nos estamos planteando como víctimas. No creo mucho en las definiciones cerradas, depende del día. También es una construcción y también depende para qué. Para la justicia sí, yo tengo una vida, hubiera tenido otra, hubiera sido otra persona, me hubieran criado diferente, probablemente hubiera elegido otra profesión, hubiera elegido otra pareja. Pero me dejaron con un casero atado que no me podía ni alimentar. Ahí aplica la categoría. Ahora para pensarme a mí, no” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

“Somos víctimas colaterales. Es un rol y un papel que no me gusta el de víctima, me gusta ser más resistente que víctima. Colectivamente sí, somos una generación que nos dejaron huérfanos y que crecimos en una sociedad que no siempre nos acobijó. No fuimos visibilizados como víctimas del genocidio” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

“No me siento víctima, aunque sí lo soy y pasa también por lo económico. Hay hijos que cobraron indemnización, por daños y perjuicios. Mis hermanos todos cobran una pensión

porque estaban presentes en el momento que desaparecen mi papá. Y la única querellante, la única que lo buscó que se bancó el juicio, yo no cobré nada. Yo cobro la mínima de jubilación, una pensión para mí me ayudaría muchísimo a tener una vejez un poco más confortable” (G. Villalba, comunicación personal, 27 de septiembre de 2021).

El cuerpo, un puente para conectar luchas

Apago el grabador. Pero no nos vamos. Aún quedan palabras, gestos y silencios que las mujeres militantes tienen para decir de su pasado, en esta entrevista. El pasado que cada una fue reconstruyendo desde su mirada como protagonista: los ojos de una bebé que diseñó su historia a partir de lo que le contaron; los ojos de una niña que vivió el secuestro de su madre en carne propia; y los ojos de una joven, que tomó las riendas de la búsqueda y se hizo cargo del cuidado de sus hermanos. Ojos que miran distinto un mismo pasado, “diferentes memorias generacionales se cruzan, conviven y se confrontan en el presente” (Piper-Shafir, et al., 2013, p. 27).

Remarcando que “no todos comparten las mismas memorias” (Jelin, 2017, p.161) y asumiendo que “hay interpretaciones diferentes y aún contradictorias de los mismos acontecimientos” (p. 161) observo que, sin embargo, los cuerpos de Dafne, Yamila y Graciela, sus historias y luchas, se entrelazan en el tiempo. Desde su posición de mujeres y militantes activas en diferentes espacios relacionados a los derechos humanos, contribuyen a visibilizar, acompañar y empoderar otras demandas de distintas temporalidades.

“Desde la Comisión impulsamos un montón de cosas, se trabaja bien y mucho. Yo soy la tesorera. Lo más importante, que estamos en tramo final, es que conseguimos que el lugar debajo de donde se armaban los barcos (Astilleros ASTARSA), donde hacían las asambleas, sea declarado espacio histórico” (G. Villalba, comunicación personal, 27 de septiembre de 2021).

El testimonio de Yamila expone dos articulaciones novedosas y sumamente relevantes respecto a cómo sus luchas y resistencias se pueden ampliar a otras demandas actuales de la sociedad. Por un lado, su trabajo centrado en los hijos apropiados ilegales, que no son hijos de desaparecidos, sino sujetos que buscan recuperar sus identidades; y por el otro, el acompañamiento a las hijas de los represores en un contexto político y social muy controvertido. El relato, cargado de significaciones, no sólo denota que es posible la retroalimentación entre las luchas presentes, sino que además, acerca luces para afirmar que

las resistencias subalternas, aquellas que se destierran desde la lateralidad (Martínez-Conde, 2021) pueden desencarnar nuevas protagonistas, nuevas consignas, nuevos símbolos.

“Hace un tiempo las hijas de genocidas se acercaron a la Defensoría del Pueblo porque necesitaban que las acompañemos desde el área de Derechos Humanos para presentar un proyecto de ley y poder declarar contra sus padres. Las acompañamos. Empezamos a charlar, y el padre de una de ellas es represor del circuito donde estuvo mi madre.” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

A la vez, sus cuerpos promueven la circulación de luchas que son tomadas y reinterpretadas por nuevas generaciones de cuerpos. “El pasado se vuelve guía para la acción en el presente y en el futuro” (Jelin, 2017, p. 215).

“En Facultad de Agronomía es el lugar donde más me siento cerca de mis padres. Mis papás no están en un cementerio. Cada vez que entro a Agronomía es el espacio donde más cerca me encuentro de los dos. Por eso me quedé ahí. Y me gusta mucho eso intergeneracional que se da, los pibes estudiantes son muy pilas y a mí me conmueven. Tienen buenas ideas y están muy comprometidos. Hay algo muy importante en lo que viene. Siento que la dictadura está quedando cada vez más lejos de las generaciones entonces para mí es muy importante la transmisión a las generaciones que vienen” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

En este sentido, las narradoras destacan y comparten un punto en común, relevante para el análisis: ninguno de sus hijos milita activamente en agrupaciones políticas relacionadas a las resistencias del pasado reciente dictatorial. Nuevamente, sus relatos tensionan la metáfora del familismo (Jelin, 2007) engendrada en las memorias de la dictadura y rompen con la visión hegemónica de las luchas que deben continuar los cuerpos militantes: buscar otros cuerpos con la misma sangre, exigir verdad y justicia. Nuevamente sus expresiones reafirman la condición transformadora de la memoria. Sus hijos luchan y resisten desde otro lugar, frente a otras demandas del presente. En palabras de Jelin (2017) “son las relaciones y diálogos entre generaciones los que, en su dinámica, producirán nuevos sentidos e interpretaciones del pasado (p. 162).

Por último, sus cuerpos tensionan la concepción hermética de derechos humanos vinculada íntegramente a las memorias de la dictadura (Jelin, 2017). Sus cuerpos, cargados de historias, de vivencias, de luchas y resistencias se entrecruzan entre sí, traspasan el familismo e

incorporan a su agenda reflexiva otras violencias, otras dominaciones y otras desigualdades del presente.

“Es muy triste estar en un país con 50 por ciento de pibes pobres, es tan triste que me cuesta visualizarlo. Lucho para que la gente pueda trabajar, comer, lo más básico. También, que se puedan formar, que puedan tener oportunidades, tener espacios públicos, escuelas públicas que funcionen. Volver a la ascendencia social” (D. Casoy, comunicación personal, 14 de septiembre de 2021).

“Yo lo pensaba el otro día con el tema de los femicidios. Creo que el Estado debe tener un lugar, un espacio, en el que pueda tratar esos pibes que quedan huérfanos porque un hijo de puta mató a la madre. Necesitan la asistencia psicológica, por ejemplo. Yo me estoy pensando a mí misma desde otro lugar. El Estado tiene que hacer algo con estos pibes. Quedan huérfanos, en una casa tan horrorosa, donde el padre mata a la madre. ¿Cómo te construís? Nos estamos mirando a nosotros. ¿Cómo cerramos eso? Pero no por nosotros mismos, porque es un hueco que queda en la historia. Es una voz que falta, que colabora en la construcción colectiva” (Y. Sansoulet, comunicación personal, 21 de septiembre de 2021).

A modo de cierre: los cuerpos dicen y transforman

Escribo en un contexto donde la derecha avanza con fuerza. Escribo como mujer feminista comprometida con las luchas colectivas. Escribo en este presente controvertido para transmitir nuevas miradas y experiencias de mujeres militantes, porque “el discurso escrito es siempre imagen de lo que en la memoria está vivo” (Vilanova, 2002, p. 21).

Escribí para alentar la reflexión de que las resistencias contrahegemónicas promulgadas por los Organismos de Derechos Humanos fueron (y son), a la vez, hegemónicas, monopólicas y excluyentes.

Escribí para visibilizar memorias resistentes subalternas y evidenciar de qué manera una “misma verdad” (Jelin, 2002, p. 126) del pasado dictatorial argentino puede ser resignificada en distintos contextos socio políticos e históricos. Demostrar que una verdad aglomerada en una lucha y resistencia homogenizada puede subvertirse y potenciar otras resistencias, las subalternas, que aparecen desde la lateralidad, menos visibles, pero no por eso menos importantes, ni menos legítimas (Martínez-Conde, 2021).

Escribí desde el cuerpo poniendo atención en sus cuerpos, considerándolos espacios biográficos (Herrera y Díaz, 2011), utilizándolos como puentes de conexión entre pasado y presente.

Visualicé de qué manera la retórica de la marca de la dictadura (Piper, 2005) brotó desde el inicio de las entrevistas, cuando Dafne, Yamila y Graciela pusieron *play* al casete que reproducen cada vez que dan testimonio; relatos mecanizados anclados a la violencia y al dolor por la desaparición de sus madres y padres.

Pero corporicé sus testimonios y, al hacerlo, alcancé el desafío de pausar la grabadora que transmite el daño y el sufrimiento de sus familiares, para que las narradoras hablen de sí mismas (Theidon, 2007), se abran a contar otras experiencias, otras historias, algunas inclusive poco exploradas en la academia.

Incorporé al análisis sus emociones, sentimientos, sexualidades, sensaciones, olores, vicios, cada una posicionada desde diversos contextos, edades e identidades. Sus voces denotaron las marcas, las cicatrices del terror en sus cuerpos, en sus pieles, en sus órganos, en sus cabezas. Sin embargo, demostraron que estas heridas no las paralizaron, es decir, dieron cuenta cómo transformaron esas marcas en acciones resistentes tanto en la esfera pública como en la privada. Resistencias alternativas a las hegemónicas.

Activé sus memorias escondidas y, en la práctica de recordar, tensionaron categorías hegemónicas y cerradas, como aquellas que las catalogan en hijas de y víctimas. Y no sólo las deconstruyeron, sino que también alentaron a visibilizarlas desde otras posiciones.

Removí sus memorias subterráneas generizadas. Se reconocieron mujeres huérfanas, militantes, madres, trabajadoras y, fundamentalmente, sujetos de derecho.

Historicé sus vivencias y luchas, y de este modo, problematizaron la asociación cerrada entre Organismos de Derechos Humanos y sus demandas ancladas a la desaparición forzada de personas. Así, desequilibraron las relaciones de poder que legitiman un relato único resistente del pasado reciente.

Son cuerpos que resignificaron el pasado, sus resistencias, y empoderaron los cuerpos del presente. Cuerpos que dieron cuenta que expandir el activismo social y político de memorias de mujeres del terrorismo de Estado a la acción en el presente controvertido (CLACSO TV, 2020), corporizarlas y atravesar los límites de la piel, vale como punta pié para promover

nuevas interpretaciones, recuperar conexiones entre militantes (Ciriza, 2006) e incentivar luchas presentes y ganar nuevos derechos.

En palabras de Mercedes Vilanova (2002): “No buscamos sólo oírnos ni oír relatos, no buscamos solo informaciones o claves explicativas, más bien rastreamos respuestas para dar con luces que permitan afrontar el futuro” (p. 31).

En el cuerpo que habitan palpitan resistencias subalternas de mujeres militantes que problematizan y ponen en jaque los usos públicos del pasado reciente. El cuerpo que habito ocupa un rol fundamental en dejar latir sus memorias y desencarnar nuevos sentidos, nuevas acciones, nuevas vivencias y posiciones de las mujeres activistas. Reafirmando que “tanto la ciudadanía como los derechos están siempre en proceso de construcción y de cambio” (Jelin, 2017, p. 78), en este trabajo académico sus testimonios transformaron “tendencias excluyentes” (p. 195), democratizaron las versiones del pasado en el presente; y aportaron a (re) pensar una ciudadanía más participativa, inclusiva y solidaria para el futuro.

Notas

(1) Elizabeth Jelin (2007) explica el uso y abuso que los militares hicieron de la ‘matriz familiar’ para mantener organizada la Argentina. Señala:

La referencia a la familia tradicional fue central en el encuadre interpretativo del gobierno militar. Primero, definió a la sociedad como un organismo constituido por células (familias). De esta forma, estableció un vínculo directo entre la estructura social y su raíz biológica, naturalizando los roles y valores familísticos (p. 41).

(2) Con la sanción de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y los posteriores indultos a genocidas.

(3) En palabras de Elisabeth Jelin (2002), conduciré los relatos a quebrar el “modelo repetitivo de víctima” (p. 112) y desterrar memorias resistes silenciadas.

(4) Dentro de la Organización Montoneros se había implementado la acción de tomar pastillas de cianuro para evitar la detención y torturas en los centros clandestinos de detención.

(5) El “Club Atlético” fue uno de los centros clandestinos de detención que operó en la Ciudad de Buenos Aires durante la Dictadura Militar. Funcionó entre febrero y diciembre del 77 en el

sótano de un edificio de tres plantas, ubicado en la avenida Paseo Colón, entre Cochabamba y San Juan (Cavalanti, 2014).